

EL DIARIO DE ORIHUELA

PERIODICO DE NOTICIAS E INTERESES MATERIALES

NO 11.

NUMERO 786.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Orihuea: un mes. 1 peseta.
Fuera: trimestre. 3'50

JUEVES 28 DE MARZO DE 1889

OFICINA, SANTA LUCIA 10.

Anuncios y comunicados a precios convencionales. Pagos adelantados.

TEÑIRSE

LOS CABELLOS Y LA BARBA CON EL AGUA ROMANA QUE INFALIBLEMENTE ADQUIEREN SU COLOR PRIMITIVO SIN MANCHAR LA PIEL.

De venta en la farmacia del Sr. Anta, San Juan, 2, Orihuea.

CRIMEN DE LA CALLE DE PUENCARRAL

Antes del juicio.

Desde la noche anterior un grupo compuesto de veintitantas personas, estaba situado en la escalerilla del palacio de justicia que corresponde a la calle del marqués de la Ensenada.

El número de personas fué aumentando á medida que pasaban las horas, y en la mañana de hoy llegaba á una cifra incalculable.

Se pagaron los puestos, y hubo persona que dió cuatro duros por colocarse en fila y esperar durante tres horas á que se abrieran las puertas de la Sala y poder presenciar las sesiones del juicio oral.

Frente á la puerta principal del edificio se vé inmenso número de personas, siendo más las mujeres.

Momentos antes de llegar la fuerza de guardia civil, penetraron muchísimos individuos en el palacio de justicia arrollando á los porteros y sin respetar á los guardias de seguridad que se hallaban en los claustros.

Después de algun tiempo y gracias á los servicios de las tres ó cuatro parejas de guardia civil que á las órdenes de un teniente y un alférez se encontraban dentro del edificio y con la ayuda de los de las fuerzas del cuerpo de seguridad, consiguieron despejarse los pasillos, haciendo salir á la gente.

La hora á que habían de llegar los presos se acercaba, y la impaciencia del público aumentó por modo imponderable.

—¿Se habrá puesto mala Higinia?—decía una joven artesana dirigiéndose á cuatro ó cinco amigas que tenía en derredor suyo.

—¡Que si quieres!—replicó otra.

—¿No recuerdas lo que afirmaba estos últimos días? Ronca y tío va á charlar clarito.

—Esa va á desembuchar lo que sabe, aunque pese á mucha gente.

—Pero si dicen que su garganta la impedirá hablar alto—añadió la que había tomado la palabra en segundo término.

—Ya verás tu lo que esa canta.

Una gran parte del público se dirigió corriendo hacia la calle de Génova y voces de ¡que viene! ¡que viene! resonaron por todas partes.

Efectivamente, á los pocos momentos apareció el coche celular en la plaza de García Gutierrez.

La muchedumbre se agitó como las olas del mar.

Algunas parejas de guardia civil á caballo, convenientemente distribuidas, sirvieron para que el público dejara libres tres pasos entre las filas, por las cuales era posible penetrar sin obstáculo hasta la puerta principal del palacio de justicia.

El coche celular llegó y se apearon, primero un tal Antonio Teruel Ortega, que

va para un juicio por estafas; después José Varela.

Llevaba en la mano un pañuelo con cenefa.

En su rostro en aquel momento se revelaba alguna calma; pero nos pareció que afectaba más serenidad de la que en realidad sentía. Después bajaron del vehículo Indalecio Fernández de la Rosa, Marcos B. Lopez, Lorenzo Blanco y el penado Luciano Fernandez, que asistirá como testigo en otro juicio.

Varela fué encerrado en un departamento contiguo al que se destina á los detenidos, pero aparte de los otros presos.

Al entrar nos dirigió un saludo afectuoso.

Iba vestido de negro, componiéndose su traje de pantalón y levita y chaleco de terciopelo negro con florecistas blancas imperceptibles, guantes negros y sombrero hongo con gasa.

Higinia estaba más desmejorada que el último día que la vimos. Llevaba pañuelo blanco de seda á la cabeza y un manton de pelo largo, color verde aceituna.

Un interview al vuelo.

Pudimos sostener un breve diálogo con Dolores Avila y cruzamos algunas palabras con Higinia Balaguer, que se hallaba donde dejamos indicado con la empleada de la cárcel.

Afortunadamente fué contestado el saludo que las dirigimos.

—Y diga usted—preguntamos á la Avila—que situación se encuentra hoy.

—Muy buenos ánimos debo tener porque yo lo diré todo y la verdad hará que la justicia cumpla como deba.

—Así es—añadió Higinia—la verdad ante todo.

—Lo que nos molesta—replicó Dolores Avila—es la gente. Hemos echado el portier para evitar que nos visitaran ó vieran, pero con usted no reza eso.

Un empleado nos invitó á que saliéramos, pero ellas le rogaron que tolerara algunos momentos más nuestra permanencia á su lado.

Sin embargo creimos prudente retirarnos.

Higinia Balaguer y Dolores Avila vestían modestos trajes, si bien muy limpios.

Sus peinados eran de moño bajo y la Higinia llevaba el pelo en forma de ondas pequeñas sobre la frente.

En las galerías.

La galería baja que dá acceso al salón donde se verificará la vista, se anima extraordinariamente á las doce y diez minutos.

El público forma su fila, y entre ella pasan Higinia Balaguer y Dolores Avila, mirando con desprecio á los curiosos, desapareciendo, entre civiles, por secretaría.

La escena.

Una hora antes de empezar el acto, la Sala, en la parte reservada al público, los cinco ó seis primeros bancos hallanse ocupados principalmente por señoras y señoritas emparentadas, es de presumir, con los curiales que tienen intervencion en el proceso ó influencia con los dispensadores de la merced de un sitio de preferencia.

Los más madrugadores son los jóvenes

abogados que estrenan la toza, y los periodistas, quienes, en cumplimiento del deber profesional, acuden á primera hora provistos de los útiles del oficio para satisfacer la curiosidad del público.

Mientras hemos escrito los anteriores apuntes, el salón se va llenando hasta el punto de que apenas queda, á la una menos cuarto, la tercera parte de él para el pueblo soberano.

Delante de la mesa presidencial, sobre un velador, véanse 10 botellas conteniendo varias sustancias analizadas que figuran como piezas de convicción.

Figuran además en este grupo, un pedazo de alfombra, las llaves y otros varios objetos de los recojidos en la casa del crimen.

Domina todo este conjunto un mediano retrato de la Regente, bajo dosel de terciopelo rojo.

Va de momento en momento aumentando la concurrencia, numerosa y distinguida, como dicen los revisteros de teatros; la presencia de alguna dama de gran hermosura provoca explosiones de entusiasmo, porque este pueblo español es así.

Un magistrado dirige desde la plataforma esta pregunta á una señora de las últimas filas: ¿falta alguien de la familia?

El público contesta un ¡¡¡Ahhh!!! prolongado, que hace estallar la risa de los más indiferentes.

Á la una y cinco minutos del viejo reloj de la Sala, entra el señor presidente acompañado de los señores del Tribunal y de todos los demás funcionarios que han de intervenir en el proceso, á excepcion de los Sres. Rojo Arias y Galiana.

El presidente agarra la plateada campanilla y los rumores de dentro cesan, oyéndose amenazadores los del público de fuera.

Las señoras se levantan con temor, y las que las acompañan se disponen á ampararlas contra los invasores, quienes, detenidos en las amplias galerías, pierden en ellas los bríos con que se proponían asaltar los pocos puestos vacantes de la Sala.

Apertura del juicio

Á la una y cuarto entran en la Sala los procesados.

Pronúnciase la frase sacramental de «juiciencia pública!» y el público se precipita violentamente sobre la puerta del fondo y lateral del salón (á la izquierda) custodiadas por guardias civiles.

El estrépito es infernal.

Hay un instante en que se teme que las puertas, crugiendo sobre sus goznes, caigan á tierra.

Oyese rumor de maderas rotas y de bancos volcados, y el temor, muy justificado de las señoras, comunicase á todos.

El señor presidente entrega su bastón á un ujier, para que con aquel signo de su autoridad se imponga á los asaltantes.

Estos parece que al fin se rehacen y entran con orden relativo.

El Sr. Millán Astray y José Varela ocupa el banquillo á la izquierda de la presidencia.

El Sr. Millán, al sentarse en el lugar de los reos, exclama, oyendo el rumor popular de fuera:

—¡Esto es aumentar el tormento! ¡Nos querrán linchar?

Varela, sentado á la derecha del Sr. Millán, y reclinado en la barandilla del estrado, parece indiferente á cuanto ocurre á su alrededor.

Millán deja escapar algunas lágrimas al conversar con algunos periodistas, antiguos compañeros de profesion.

Á la derecha, Higinia Balaguer y Dolores y Maria Avila.

Higinia está cuidadosamente peinada, y demuestra en todo su porte que es una mujer preocupada de su limpieza.

Dolores Avila, de igual traje y manton que Higinia, pero con pañuelo azul, se muestra confiada, hasta risueña, al sordo rumor del pueblo que avanza por las galerías y no parece sentir temor alguno.

Por el contrario, Higinia, levantándose nerviosamente y mirando hacia atrás, parece preocuparse de las intenciones de aquella humana formidabile avalancha, que no lleva otras que las de satisfacer su excitada curiosidad.

Maria Avila, de traje oscuro y pañuelo rojo rodeado á la garganta, está como cohibida.

Durante la lectura

Aunque el señor presidente ha ordenado que los espectadores todos permanezcan sentados, no ha sido posible obedecer esta orden y vése en pié á multitud de damas y caballeros.

La voz del relator que lee el sumario, débil y opaca, no llega ni á la primera fila de pupitres ocupada por los periodistas, entre los cuales nos contamos.

Mientras, el público se entretiene observando principalmente á Higinia y á Varela.

No faltaron espectadores que encuentran *guapa* á la Higinia, sobre todo cuando el excesivo calor que la aglomeracion de la muchedumbre produce, entrojece sus mejillas trigueñas de ordinario.

Higinia se conmueve

Hay un momento en la lectura del sumario en que Higinia pierde su natural serenidad; es al llegar al punto en que se declara autora única del asesinato de doña Luciana y en que se refiere el crimen en los términos en que ella misma refirió al Juzgado.

Higinia se lleva el pañuelo de bolsillo á los ojos, y como arrepentida de este acto de debilidad se enjuga la frente y procura reponerse.

No lo consigue, sin embargo, de todo, pudiéndose observar distintamente su emocion; la menor de las Avilas, Maria, no revela nada; verdad es que su semblante acusa la menor cantidad posible de inteligencia.

Varela

No le separa de nosotros más que el pupitre sobre que escribimos y la ligera barandilla del estrado.

Ocupa el mismo banquillo que el señor Millán Astray, separado de este un metro é inmediato al procurador Sr. Martin Rey, que le indica cuando debe tomar asiento, levantarse, etc.

Paréce hombre sin acción propia.

En verdad es el más indiferente de todos los procesados.

En su rostro no se lee nada.
De espaldas al público, como todos los demás procesados, nunca se ha vuelto para contemplar á la multitud, permaneciendo clavado en su sitio, sin mirar a la izquierda donde tiene al Sr. Millán, solo se inclina del lado opuesto cuando solicita su atencion su procurador Sr. Martin Rey.

Incidente

Termina la lectura del apuntamiento, el señor presidente mandó levantarse á Higinia Balaguer.

Iba esta á hacerlo cuando el señor fiscal pidió, en nombre de la ley, se diera antes lectura á la lista de testigos, de peritos y de pruebas verificadas y admitidas. Así se hizo.

Higinia

—Higinia Balaguer—pronunció el señor presidente.

—Servidora—dice con tono afónico, levantándose y adelantando dos pasos sobre la plataforma del estrado.

Responde á las preguntas sobre su nombre y edad.

Adviértela el señor fiscal que diga la verdad, y ella, anticipando la respuesta, dice:

—La verdad voy á decir.

Vine á Madrid hace unos diez años.

Viví con Fernando Blanco, al que traje- ron atado.

Serví en casa del Sr. Millán Astray, luego á unas señoras de Barcelona y luego fui á buscar colocacion á un hotel de la calle de Don Martin.

Pidieron informes á la señora de Millán y los dió ni malos ni buenos, solo que dijeron que habia faltado dos noches, y no me admitieron.

Luego entré, despues de visitar varias tiendas, en una de la calle de la Palma.

En la calle de San Vicente núm. 61 ó 63, ví una señora y un caballero que me dijeron que en la calle de Fuencarral, número 109, habia una señora sola, doña Luciana, y allí me fui.

Oculté mi nombre porque me parecia una deshonra decir el verdadero y que supiera que habia vivido con un hombre ocho años y medio.

Doña Luciana me dijo donde pediria informes.

La envié á la cuesta de Areneros.
Fué doña Luciana y averiguó mi verdadero nombre, y me preguntó porqué la habia engañado.

Yo la dije la verdad, y aquella señora me dijo que me quedaria, que aquello no importaba.

Declara no vió entrar nunca allí persona sospechosa.

—Fiscal—¿Se ratifica en su declaracion en que se declara autora?

—Higinia—Yo me ratifico en que he cometido el delito.

¿A qué hora?

—A las seis de la tarde.

Fiscal—Usted ha dicho otra cosa, fijando otra hora.

Higinia Balaguer quiere precipitar tanto sus contestaciones, que no dá lugar á terminar las preguntas al ministerio fiscal, por lo que el señor presidente pide al señor fiscal deje á Higinia referir el crimen tal como ella quiera y pueda.

Declara que desde el primer dia tuvo una riña con la señora, por haberla costado diez céntimos más un encargo.

Siguieron los regaños por diferentes causas; yo lo aguantaba todo, dice la declarante, porque saliendo de aquella casa no tenia donde ir.

(Poco á poco se le va aclarando la voz).

El dia del crimen—continúa—me dijo saliese para volver á las seis, como así lo hice.

Al volver, me mandó la señora á hacer la comida y me puso á arreglar un pedazo de merluza.

Estando en esto ví á mi señora que me llamaba desde la puerta de la sala.

Fuí y la encontré muy enfadada, con un par de botas en la mano, diéndome: «So cochina, so....., so..... ¿vé usted esto?»

Yo la contesté que la... sería ella; entonces me dió con un tacon de una bota en la cara y luego una bofetada en este lado.

(Señala la mejilla derecha.)

Entonces yo, sin saber lo que hacia, con el cuchillo de la cocina, que llevaba en la mano, la di uno, dos, yo no sé cuantos golpes y la maté.

(Aquí su voz toma un tinte que quiere ser triste, hace la acusada por llorar, sin conseguirlo, y dá á su actitud carácter dramático, que pierde muy pronto, recobrando en la voz y en el ademán su fiera energia.)

—Todo—dice—lo declarado por mí y por todos, es falso.

Yo temia á la deshonra mi de familia.

(En esto de la deshonra insiste mucho, levantando murmullos entre el público.)

Fiscal—¿Por qué dijo usted antes que habia herido á su señora estando en una butaca?

Procesada.—¿Porqué por aquellos dias no sabia lo que me hacia?

Ahora es cuando hablo la verdad y no quiero que pague nadie por mí.

Fiscal—¿Y cómo explica usted lo que ha declarado instigada, segun ha dicho, por el Sr. Millán?

—Porque el Millán me habló de la opinion y me dijo me declarase reo y hablase de robo, y dijera que habia entregado un pañuelo á la Dolores.

El Sr. Millán es un embustero.

—¿Cómo explica usted que el perro no

ladrase? ¿Recibió alguna sustancia anestésica?

—Nada, el perro no ha comido nada en aquel dia más que un poco de carne.

(Cada vez levanta más y se le aclara más la voz. La opinion, el público, opina que es mujer de mucho cuidado.)

Señor presidente—¿Y las alhajas que faltaron?

—De allí no faltó nada, por que allí no entró nadie más que yo.

—¿Y porqué dijo haber sido José Varela el autor del crimen?

—Yo no sé, señor, como se me ocurrieron en aquellos dias aquellas cosas. (Murmullos.)

La accion popular

El Sr. Ballesteros.—¿A qué hora cometió usted el crimen de que se declara autora?

—De seis á seis y media; por ahí.

—¿Cuantos golpes dió usted á su señora?

—No recuerdo.

—¿Qué posicion ocupaba usted?

—No recuerdo.

Vuelve á referir la intervencion del Sr. Millán, y dice que él fué quien la sugirió la idea de decir que habia habido robo, y que además la habia amenazado su señora con un revolver.

Dice que el Sr. Millán la decia abrazándola:

—Dí eso ¡por Dios! ¡por mis hijos, porque sinó me pierdes!

(Risas. El Sr. Millán rie tambien.)

—¿Quien paga los extraordinarios que come usted en la cárcel?

—Como dos tarteras de rancho que me sabe muy bien; y un cocido de á real y medio que me pagan algunos señores.

(Sobre una pregunta del Sr. Ballesteros de la accion popular á si está conforme con los escritos presentados por su defensa, surge un incidente entre esta y el Sr. Ballesteros, resolviéndolo en favor del último el Sr. presidente.

La acusacion privada

Lleva esta presentacion D. Clementino Martinez.

Preguntada por el Sr. Martinez, declara que si oyó quejarse á Dolores Avila en la cárcel.

No conocia la llave de la casa de doña Luciana.

El defensor de Dolores Avila

Preguntó á Higinia si dió golpes á su señora con algo más que con el cuchillo.

—Con nada más.

El letrado pregunta á quien se referia la procesada al haber dicho á su abogado defensor, y como éste dice en su escrito, que habia habido una persona criminal que estaba en la sombra; la verdadera responsable del crimen.

Originase un incidente entre ambos letrados por pretender el de Dolores

Avila que la defensa de Higinia declare sobre este punto, oponiéndose fiscal y presidente.

El defensor de Varela.

El Sr. Rojo Arias, despues de un oxordio algo declamatorio, que obliga al presidente á cortarles los vuelos, pregunta:

—¿Reconoce la procesada que es ella sola la autora del crimen?

—Yo, sola.

—¿Quién la dijo que la opinion acusa-ba á Varela?

—Nadie; fué una idea mia como otras muchas que he dicho.

—¿Conocia á Varela con anterioridad?

—Si, desde hacia un año antes, en mi cajon, donde oi decir: «Es el hijo de la marquesa arruinada de Varela.»

El defensor del Sr. Millán.

El Sr. Cobeña pregunta á la procesada si los ruegos que la hizo el Sr. Millán Astray eran con intencion de que dijese la verdad.

—Si señor.

El defensor no pregunta más y esto causa mal efecto en el público.

El defensor de Dolores Avila.

Pregunta el letrado:

—¿Conocia su abogado de usted la verdad del crimen como ahora lo ha referido usted, antes de presentar el primer escrito?

—No, señor; no la supo hasta antes de presentar el último.

Cree que no puede haber dicho á un guardia que Varela seria su perdicion.

Defensa de Higinia.

—¿Es cierto que me dijo que el autor del crimen era Varela, instigado por el Sr. Millán?

—Si, señor.

—¿No dije que no la habia notificado nada el juzgado, ni siquiera el derecho á nombrar peritos?

—Si, señor.

—¿Cuándo le dijo lo que acaba de declarar?

—Antes de presentar el último escrito.

El Sr. presidente impide al Sr. Galiana hacer otras preguntas, que la presidencia da por contestadas.

(Se suspende el acto por cinco minutos.)

Casi todo el público abandona el local, quedando por los claustros algunos periodistas y letrados.

Como suponemos, por la hora, cuatro y diez minutos de la tarde, que la suspension sera definitiva hasta mañana, cerramos esta edicion.

Servicio telegráfico varnicular

de

EL DIARIO DE ORIHUELA.

Madrid 28.—(9'20 m.)

Juicio termino interrogacion Millán. Importante declaraciones destruyen declaracion Higinia. Varela acometido-le síncope.

Imprenta de Cornelio Payá. FERIA 37.

EL DIARIO DE ORIHUELA

PERIODICO DE NOTICIAS É INTERESES GENERALES

Anuncio anual, tamaño ordinario, con suscripcion al periódico, tres pesetas mensuales.
La importancia creciente y la circulacion cada dia mayor que vá adquiriendo esta publicacion, la pone en las condiciones más abonadas para el buen éxito de los anuncios.